PAISAJES RUSOS

EN LA FRONTERA

—¡Wirballen!... ¡La frontera!... ¡Todo el mundo cambia de tren!...

Y á medida que la voz estentórea pasa ante los camarotes del Nord expreso, una ligera inquietud apodérase de los viajeros. No hay uno solo que no tenga alguna aprensión. Y es que se han contado en el orbe entero tantísimas historias desagradables sobre las arbitrariedades de los funcionarios rusos, que nadie puede sentirse seguro. Ayer nada menos, los periódicos ingleses y alemanes hablaban de dos periodistas detenidos en la frontera polaca y encarcelados durante tres días por haber tratado de introducir algunos paquetes de periódicos liberales.

¡Wirballen!

Ya el tren se ha parado. En cada portezuela, dos cosacos. Dentro, una invasión de *nossilchtchik* que se apoderan de nuestras maletas y que se las llevan Dios sabe adónde, murmurando frases misteriosas. Nosotros vamos tras ellos. Al llegar á la puerta de la aduana, la palabra temida:

—¡Pasaporte!

Ya lo entregamos, y un empleado nos explica

que es necesario esperar que sea examinado para que se autorice el registro de nuestro equipaje.

— Si está en regla — dice — es cosa de pocos minutos.

Y nosotros pensamos: ¿Pero si no lo está? Si se les ocurre que falta una coma? ¿Si se ha olvidado un sello? Y las anécdotas acuden en tropel á nuestra memoria: las anécdotas de franceses, que tienen necesidad de regresar por no haber pensado en un « viso » consular; las anécdotas de yanquis, que se quedan ocho días en la frontera esperando la traducción de sus pasaportes.

Icono, que ocupa el fondo de la inmensa sala, entre dos cirios enormes que arden y dos ramilletes que se hielan; santo Icono de la santa Rusia, tú que ayudas á Kuropatkin, tú que iluminas á los consejeros del zar, Icono vestido de telas de oro, Icono coronado de estrellas, ¡protégenos contra los funcionarios que examinan nuestros pasaportes!

EN EL NORD-EXPRESS

Con la alegría de los que han salido fácilmente de una imaginaria dificultad, volvemos al Nord-expreso, que ya no es el mismo, y que no sólo es mejor, más amplio, más cómodo, sino también más lujoso. El comedor, decorado con pinturas al fresco, está lleno de gente. Es la hora del te. Y una frase de cierto personaje de comedia francesa viene á los labios:

— Yo no pago el suplemento de los trenes de lujo, sino para ver mujeres bonitas.

Vale la pena, en verdad. Porque no hay en ningún lugar del mundo una mezcla tan variada de tipos, un ramillete igual de sonrisas. Allí están las parisienses. Son la mayoría. Son, también, la flor y nata. Sus trajes, sus cuerpos, sus elegancias, sus malicias, sus coqueterías, todo lo que constituye el encanto de la muñeca moderna está en ellas y en ellas vibra. ¡Y cómo rien! ¡Y con cuántos mimos, con cuantísimo estudio miran! Al lado de ellas, las alemanas parecen de madera; de una madera muy bien torneada, muy barnizada, muy fresca, pero madera al fin.

Sus actitudes son invariables. Ni se mueven, ni *flirtean*, ni siquiera parecen tener conciencia de que son bellas y de que son mujeres. Así, poco éxito. Pero, en cambio, sus hermanas las austriacas rivalizan con las más seductoras, uniendo la frescura germánica al arte francés. Luego, menos numerosas, las bellezas morenas, las que aquí son exóticas, con sus ojos de fuego, las que contrastan con las pálidas eslavas de pupilas blancas... Y hay, dominándolo todo, una miss.

¡Qué bien dice aquella frase vulgarísima, que cuando una inglesa se pone á ser bonita redime á todas sus compatriotas del pecado de fealdad!

Esta es deliciosa. Hay en ella algo de joya y algo de flor. Es como un esmalte animado. Su vista es una caricia. Se goza castamente de ella, de la gracia que sus labios exhalan, de la alegría de sus ojos, de las curvas de su cuerpo; se goza casta é infinitamente, cual ante un milagro. Y

como ella lo sabe, sin duda, y como es evangélica, aun en esta tierra polar, está vestida lo mismo que nuestras paisanas en verano, con una camisilla de transparente lino y con una falda ajustada.

LA CANCIÓN DE LA NIEVE

... Y como las camas son excelentes, y como el cansancio es el más poderoso de los opios, nos levantamos cuando ya el sol lleva muchas horas de alumbrar la estepa. Y alumbrar no es un decir. El sol es pálido; pero es luminoso. No tiene forma; es como una custodia desdorada y maltrecha vista á través de lentes opacos. Tiene algo de cómico. Su miseria aumenta la miseria del paisaje. Y sin embargo, su luz sutil lo ilumina todo, lo aclara todo, lo embellece todo. La nieve, á su caricia, cúbrese de puntos diamantinos.

¡La nieve!

Vosotros, los que no habéis pasado por aquí, no tenéis idea de lo que esta palabra significa. La nieve es la divinidad terrible, la obsesión durable. Es el sudario que cubre la inmensa tierra muerta. Y es infinita y es todopoderosa. Más allá del horizonte, ella reina siempre. Ella es la que convierte los pinos en juguetes de porcelana, la que envuelve entre albos algodones los pajales; la que hace techos marmóreos á los altísimos haces de leña; la que le fabrica una corona al pozo; la que oculta la sordidez de los tejados.

¡La nieve!

En donde mejor se ve su augusta y triste grandeza es en los inmensos espacios vacíos, sin plantas ni seres, en las llanuras fabulosas que se extienden á nuestra derecha. Ahí nada rompe su armonía. Ella sola orgullosa, va hasta el horizonte en ondulaciones voluptuosas y suprime hasta la idea de la vida vegetal. Su blancura se matiza de las más finas tintas, de los más tenues reflejos y se dora y se ruboriza y se platea y cobra luces celestes y llega á veces, en sus curvas más pronunciadas á teñirse de misteriosas fosforescencias violáceas.

¡La nieve! ¡La nieve!

¡Cuán bella es! ¡Pero cuán cruel! Los habitantes de la estepa se la representan convertida en dios, con la nariz encarnada y el manto blanco. Le llaman Moroz. Lo adoran con terror supersticioso, y, lo mismo que los cartagineses á Baal, le ofrecen, en triste holocausto, sus pobres vidas sin alegría. Todos, en efecto, mueren por él; todos, hasta los osos pesados y rítmicos; todos, todos, hasta los pinos melancólicos y esbeltos.

SAN PETERSBURGO

¡San Petersburgo!... De un extremo al otro del Nord-express, el anuncio de la próxima llegada produce una sensación de placer y de inquietud. Las frentes se apoyan en los cristales de las ventanillas y la vista busca, á través de la nieve, allá, á lo lejos, el panorama de la ciudad. ¡San Petersburgo, San Petersburgo! Y poco á poco, en el

espacio helado, bajo un cielo opaco, van surgiendo los edificios principales que ocupan las acrópolis. Y son cúpulas doradas, y son infinitos domos multicolores, de estilo bizantino, formando familias arquitectónicas, en las que los pequeños se acogen á la sombra de los grandes; domos variadísimos que, á veces, son cual un fruto maduro en la cima de un tallo, y, á veces, se abren en pétalas áureos, como inmensas flores asiáticas, como lotos monstruosos; domos que seducen y desconciertan, que se ocultan unos tras otros, que surgen de pronto, que dominan el paisaje y que, tutelares y caritativos, ponen en el ambiente de frío y de bruma un poco de luz, de capricho, de alegría. ¡San Petersburgo! Y vemos, ya cerca, en una plaza inmensa, en medio de edificios que aun no se precisan, la columna célebre, en cuyo remate se yergue el ángel de bronce. Vemos las torrecillas agudas del almirantazgo y del Volkovo, las cruces extrañas de cien iglesias, las columnatas, las estatuas... ¡San Petersburgo! Todo es grande en el panorama. Las calles no tienen fin y se pierden en el horizonte. El río helado, por el cual pasan enormes carretas, se ha convertido en una cantera de hielo. Los ojos no pueden cansarse de contemplarlo. Es lo más singular, lo más exótico que pueden imaginaciones meridionales figurarse. Barcos de tres palos están prisioneros en sus aguas; bajo sus puentes, los vendedores ambulantes han plantado tiendecillas de campaña y calientan el samovar; en todas direcciones los

grupos de patinadores pasan rápidos y rítmicos. ¡San Petersburgo!

LOS TRINEOS

Henos aquí. Ninguna dificultad. Nadie nos ha pedido el pasaporte al bajar del tren. Ningún funcionario de barbas hirsutas nos ha interrogado. Los de la aduana, allá en la frontera, apenas entreabrieron nuestras maletas y sólo nos pidieron nuestro « pass », cual ellos dicen, para ponerle un sello. Henos aquí, en nuestra troika sonora. ¿Por qué ocultarnos á nosotros mismos la sensación que experimentamos? Como el poeta, vemos complacidos que aun podemos hallarnos « curiosos de todo y de todo admirados ». Tenemos curiosidad de ver cómo anda este vehículo, bajo y ancho, sin ruedas; tenemos curiosidad de saborear las caricias del aire helado; tenemos curiosidades de todas clases, infantiles y frívolas, alegres, con voluptuosidad. Así, en cuanto el mujik, de pantalón rojo y de abrigo peludo, empuña las triples riendas, nos arropamos bien en los abrigos de nutria aterciopelada, y esperamos. Hay algo de beato en nuestras almas. Ligeras esperanzas, ligeros temores nos animan. ¿Qué vamos á encontrar allá, al volver de aquella esquina; allá en donde comienza la ciudad formidable y enigmática? ¿Asistiremos á un segundo acto de la tragedia? ¿Veremos levantarse el sol de púrpura? Junto con estas graves preguntas, otras muy nimias acuden. ¿Será polar, será mor-

tal el frío? ¿Será la vida muy rara? Y, ¿por qué negarlo? también nos preguntamos: ¿Serán bonitas las rusas; serán como aquellas que, en los bajos relieves del admirable Truketzkoi, se yerguen cual iconos, á como aquellas otras del pintor Widhopff, que tienen ojos glaucos y sonrisas de Yacondas?...

El campanilleo de los arneses ha interrumpido las soñaciones, un riendazo, una exclamación gutural del auriga, y henos aquí en plena realidad, resbalando rápidos sobre la nieve. Las calles van abriendo sus perspectivas ante nuestro galope. Porque aquí el paso rocinante de los simones es desconocido. Todos los trineos corren dejando nubecillas de hielo en sus huellas, todos, desde el modesto que guía un « izvochehik », hasta el señorial que, tirado por una cuadriga, lleva á los grandes duques de paseo. El nuestro es una troika, algo como un carro romano, con sus tres caballos enganchados en forma de abanico, con su cochero casi de pie, vocinglero y gesticulador, con sus arcos llenos de cascabeles y de campanillas que suenan, que alegran, que llenan la calle y que nos hacen repetir mentalmente los versos de Edgardo Poe:

Los trineos matutinos
con sus toques argentinos,
pasan locos entre risas...

Porque, en efecto, hay algo de locura alegre en este resbalar vertiginoso, que deja apenas entrever las tiendecillas bajas, en el fondo de las cuales,

en pleno medio día, arden las lámparas de gas, y que da á los edificios que se encuentran formas alargadas y temblequeando. Hay locura sí; pero sobre todo hay, para nosotros los que venimos de muy lejos, sorpresa inquieta. ¡Qué sensación tan penetrante! La nieve del suelo, cortada por los patines de acero, salta hasta nuestro rostro, mientras los copos, más suaves, vienen volando á posar sus alas albas en nuestros abrigos, en nuestras gorras. Todo es blanco. Los caballos llevan las crines empolvadas, como pelucas de marqueses Luis XV. En las barbas del mujik que conduce, el aliento se ha helado y forma estalactitas. Las riendas, á pesar de su perpetua sacudida, se llenan de puntos inmaculados. En las aceras nada sobresale. Los bancos, los kioscos, las vidrieras, todo es blanco, blanco. Y ante nosotros, en una anchura admirable, cual una gigantesca vía sacra de mármol nuevo, se extiende á pérdida de vista la Perspectiva.

¡ ESTOS HOTELES !

Estos que el ingenuo Baedeker llama grandes hoteles, no son, en realidad, sino hoteles grandes — muy grandes, eso sí — más grandes que cualquier « caravanserail » parisiense, tan grandes como un « palace » neoyorkino, y sobre todo muy complicados, con cien escaleras diferentes, con pisos que no están nivelados, sino que bajan y suben por medio de gradas, con puertas en varias calles, con pasillos enormes y obscuros. Todo esto

obedece á que en su formación estos hoteles han seguido un sistema igual al de la patria rusa: han ido anexionándose las casas vecinas conquistadas con oro. Desde fuera, contemplando las fachadas del nuestro, cuento hasta siete fábricas diferentes. Pero á los propietarios les parece que basta con pintar todos los muros exteriores de un solo color para establecer la unidad.

El confort ruso es sumario. Lo indispensable le parece suficiente. Así, en los hoteles, nada de halls como aquellos que en Londres, en París, en Bruselas, en Berlín, en todas partes, sirven de sala de descanso durante el día y se animan al anochecer con lánguidas músicas de tziganos. No, nada de músicas. Nada de lujo, ni siquiera una sala de café, ni un bar á la americana con altos taburetes. Las salas mismas de lectura — el « salón », como dicen pomposamente los señores gerentes — son estancias reducidísimas, con doce sillas incómodas, una gran mesa cubierta de periódicos y un velador diminuto con recado de escribir. Allí es en donde los huéspedes esperan turno para ir escribiendo uno tras otro su correspondencia; allí es en donde nos amontonamos todos tratando de leer el periódico del día; allí, en fin, es donde las rubias misses y las ondulantes demoiselles establecen sus « flirteos » á la hora clásica del te.

¡ Y los muebles! Hay en los periódicos ilustrados parisienses un grabado que simboliza el gusto de este pueblo. Es una sala pequeña en el palacio

imperial. El zar y la zarina, sentados uno frente á otro, callan. Y las ilustraciones escriben al pie: « Nada tan distante de la idea que nos formamos en Europa del lujo imperial, como esta realidad modestísima ». En efecto; los muebles de palacio, como los de mi hotel, todos los muebles de toda la santa Rusia, son de un estilo pesado, viejo, sin elegancia. Diríase que la influencia europea se detuvo allá el año 48, en tiempo de Jorge Sand, después de haber llenado las almas de vagos anhelos idealistas y los salones de enormes sofás á lo Luis Felipe, de frondosos cortinajes de reps florido, de espejos cuyo marco rematan dos angelotes que sostienen una guirnalda de rosas.

Y todo esto muy mal alumbrado... Porque se diría, en verdad, que gastando toda la lumbre en calentarse, los rusos nos tienen para iluminar sus calles y sus casas sino unos cuantos cabos de vela.

POR LAS CALLES

Hace dos días que no nieva. El termómetro no baja de cero. Entre el hielo que, fundido, forma un lodazal sin orillas, los trineos se arrastran difícilmente. Los techos, despojados de sus blancas cubiertas, gotean con una monotonía desesperadora. Esta clemencia repentina del clima ha cambiado por completo el aspecto de la ciudad, poniendo á la vista lo que ayer estaba oculto, derritiendo los mantos albos de las estatuas, limpiando los opacos cortinajes de las vidrieras. ¡ Y es lástima, os lo aseguro, es una inmensa lástima!

Porque, así como Nápoles dora sus sordideces con sol, San Petersburgo esmalta de nieve sus miserias.

¡Lo que va de ayer á hoy! Ayer había aquí una gran ciudad. Hoy sólo queda una ciudad grande. Los copos complacientes servían de soldaduras á los contrastes, y nada chocaba en la uniformidad virginal. Entre los altos cuellos de pieles los rostros no tenían más singularidad que la irritación producida por el frío. Era una magnífica capital europea, os digo. Pero ahora que las vidrieras han recobrado su transparencia y que las solapas monstruosas de los abrigos peludos se han bajado: ahora que nada esconde nada, notamos que Europa se quedó allá del otro lado de la frontera, antes de Wisbaden, y que esto no es, realmente, sino una encrucijada por la cual pasan algunas razas asiáticas. « ¡Somos tártaros puros! » — exclama Dostoyewski.

Y si los otros rusos no lo dicen, ó por lo menos no lo dicen con gusto, poco importa. Todo aquí proclama el exotismo original. Ese lujo vistoso, esa ingenuidad en el amontonamiento de las riquezas, es pérsico. En esos rostros hay mucho de mongol. Esa novelería ante lo que suena, ante lo que brilla, ante lo que sorprende, es de pueblos jóvenes que aun no han sido gastados por civilizaciones tradicionales. Esa misma lengua, en fin, sin durezas propias del norte de Europa, sin atropellos de consonantes, esa lengua que gorjea llena de diminutivos y de languideces, es de formación extraoccidental.

No tengo necesidad de ir muy lejos para convencerme de que San Petersburgo es una ciudad improvisada, algo como un barrio de Exposición universal, ó mejor aún, un campamento de palacios. Los historiadores hablan de doscientos años. Lo importante era tener mucho oro, mucho oro, muchísimo oro. Porque en toda esta arquitectura sin belleza, hay un derroche que pasma de columnatas de mármol, de techos áureos, de torres altísimas, de muros de basalto. En cualquier callejuela se encuentra, entre dos casuchas, un palacio de piedra roja de Finlandia con cariátides de ónice y puertas de bronce.

Las plazas parecen hechas para que ejércitos enteros maniobren en ellas. En la Morskaia, en la Karanskaia, en la Vladimirsky, en la Liteiny, en todas las grandes calles, hay edificios á granel. ¡Y qué decir de la Perspectiva Newsky! Es el orgullo de la ciudad. No admirarla es cometer un sacrilegio. ¡La Newsky! Empero, no hay vía petersburguesa que haga experimentar la sensación de campamento, tan bien como esta maravillosa Perspectiva.

LA PERSPECTIVA NEWSKY

Hela aquí sin su nieve tutelar. Es larguísima. Es muy ancha. Es perfectamente recta. Cada cien pasos ostenta un palacio, y en cada palacio hay dos ó tres tiendas de lujo. En uno de sus extremos se alza la esbelta torre del almirantazgo.

En su centro está la catedral de Kazan con sus

mil columnas. Los guías, al acompañaros, os van diciendo, como los gondoleros en el « Canale Grande », los nombres de los palacios. Este es el Autichkov, éste el del duque Sergio, éste el de Stroganoff, este el de un banquero, aquél el de una cocota...

Y luego vienen las iglesias, Santa Catalina, las Holandesas, la de los Armenios, la del convento de San Alejandro. Y en seguida, los teatros, las bibliotecas, los grandes hoteles. ¡ Todo muy suntuoso, de acuerdo, todo muy rico ! Pero colocaos aquí, en la parte céntrica, en la esquina de la Morskaia, y contemplad el conjunto. ¿ No es cierto que ahí falta algo ? ¿ No es cierto que ahí sobra mucho ? Esos techos desiguales que sorprenden sin seducir, esos contrastes entre fábricas sin analogía, esos vacíos repentinos, esa grandeza sin hermosura, en fin, choca y entristece y hace pensar en ciertas calles de Italia, que en quinientos metros, con dos capillas y unos cuantos palacios modestos, producen una impresión de majestuosa armonía que aquí falta.

Y si de lo monumental pasamos á lo elegante, á lo que en París y en Londres es tentador, á los escaparates de las tiendas, igual impresión sacamos. Hay muchas vidrieras, sí, y en esas vidrieras hay muchas cosas. Solo que están mal presentadas.

El ruso, niño bárbaro, quiere enseñar todo lo que tiene, quiere lucir todos sus trajes, quiere amontonar todas sus joyas. En una ventana hay con que llenar diez ó doce. La promiscuidad es

corrientísima. En el mismo sitio se exponen custodias de plata para iglesia y marcos dorados con el retrato de la bella Otero. Las tiendas de los fruteros se avecinan con los almacenes de encajes. Entre los quesos de bola y las sedas Liberty, no hay más que un tabique.

Pero quizá todo esto sea muy natural, muy lógico, muy bello, y á mí no me parezca hoy lamentable sino por efecto del deshielo. Quizá todo aquí esté hecho para ser visto entre la nieve. Cada ciudad necesita su atmósfera peculiar, su cielo, su sol. Y hoy los copos no han caído, y el rey del Polo no ha soplado sobre nuestras cabezas. Y esto es como si en Sevilla no saliera un día el sol.

FUNCIONARITIS

Ayer estuve en la prefectura de policía. Hoy he estado en el ministerio de hacienda. Una y otra vez fuí en compañía de un joven humorista inglés que, cansado de no encontrar en San Petersburgo teatros de género chico, se ha propuesto reir á costa de los funcionarios rusos.

— Es el sitema más barato y más seguro — me dice.

Y, en verdad, tiene razón. Porque no hay en el mundo entero un ser tan caricaturesco como el empleado moscovita. Recordad todo lo que, en vuestros paseos forzosos por ministerios, archivos y bibliotecas, os ha hecho reir. Evocad las siluetas goyescas de los viejos que duermen metidos

en sus gorros con borla, y de los jóvenes que se acartonan en la inmovilidad del dulce no hacer nada oficinesco. Ved con la imaginación á los seres de Monnier, de Gavarny, de Forain. Haced épicos vuestros recuerdos, en fin, y aun os quedaréis muy lejos de la realidad.

Aquí, en primer lugar, el funcionario es casi siempre un caballero de uniforme que lleva veinte cruces en el pecho. Los más modestos se ponen frac y ostentan en el cuello una medalla. En cuanto á los orgullosos, parecen á primera vista introductores de embajadores.

Mi inglés me ha dicho :

No se asuste usted por el número de condecoraciones. Aquí son inofensivas.

Yo no me he asustado. Me he contentado con tratar de contarlas, y he visto que son infinitas como las estrellas y variables como el mar. Las hay grandísimas, con alas, como ruedas de molino ; las hay ovaladas, casi oblongas, con picos que van desde el pecho hasta la cintura, las hay, naturalmente, redondas ; y lo extraordinario, lo increíble, es que las hay también que son cuadradas. Cada una tiene su cinta y cada cinta es de varios matices. Así, entre la capa del estudiante clásico, que

> toda llena de remiendos
> de diferentes colores,
> parece un jardin de flores,

y la casaca de un funcionario ruso, no existe diferencia ninguna.

Pero, bajo ese exterior tan solemne, se esconde una alma de *clown*.

— Vea usted cómo tiembla — murmura mi amigo al abrir la puerta de una oficina.

Y, realmente, en cuanto alguien se presenta, los diez, los doce, los veinte personajes de la estancia ministerial, palidecen y gesticulan y tosen y tiemblan de miedo, figurándose que van á obligarlos á trabajar. ¡ Pobrecitos ! Todos tratan de hacerse los distraídos ó los ocupados.

— ¿ Podría usted...?

Pero ninguno deja terminar la pregunta.

No es aquí. Los diez lo han asegurado.

Mi buen inglés, cruel y tenaz, continúa interrogando uno por uno :

— ¿ Podría usted darme un apunte sobre las rentas de tabacos ?

No es ahí. Los diez lo han asegurado. Y, sin embargo, en la puerta, en letras rusas, latinas y alemanas, el triple rótulo dice :

Renseignements statistiques sur le tabac.

— Y eso — termina mi acompañante — que no hemos tenido la suerte de llegar cuando estaban tomando el te.

¡ Oh, el te de los funcionarios ! Desde el director general hasta el portero, todos toman tres ó cuarto tazas durante el día, y para cada taza necesitan una hora.

— Pero, por fortuna — termina mi inglés — en el imperio del zar no hay más que un funcionario por cada catorce habitantes.

LOS TRABAJADORES DEL HIELO

Después de unos cuantos días de temperatura primaveral, he aquí de nuevo el frío intenso y seco. En el horizonte resplandece con luces mortecinas de cirio un sol de forma fantasmagórica. El cielo está verde, deliciosamente verde, como un lago, como un *Fjford* apacible, con suavidades sedosas en su matiz... Y metidos en nuestros abrigos vamos por las calles sin rumbo fijo, saboreando la cruel voluptuosidad del soplo polar que muerde el rostro y que con sutilezas de aguja penetra por el cuello, por las mangas. Bajo nuestros pies, la nieve cruje vidriosa. Es la buena nieve que endurece las aguas de los canales y que convierte el Neva en mina de témpanos.

—¿Queréis venir? Es muy curioso.

Allá vamos, y apenas comenzamos á contemplar el espectáculo, una inmensa melancolía nos invade. Ante penas como éstas, se comprende la exaltación piadosa del alma rusa. Son infiernos helados los que el poeta tiene á la vista sin cesar. Y hay en esos trabajadores tal tristeza, tal abatimiento, tal miseria, que con sólo verlos toda dureza sentimental se funde. Metidos entre pieles sucias y peladas, con las manos enguantadas en sacos de lana, extraen la nieve en témpanos cuadrados. Al golpe de sus picos saltan, hirientes como cristales, duras como cristales, las heladas astillas. A veces, en las rudas caras, entre los arreboles del frío, una mancha algo más encendida

aparece: es sangre, sangre que se coagula, sangre que se endurece. Y el pobre trabajador, impasible, sin un gesto, sin una crispación, se detiene un punto. Siente la herida. Con un puñado de nieve se la lava. Luego, otra vez á la labor.

¡Los trabajadores del hielo!

No comprende uno por qué el gobierno ruso se empeña aún, cuando quiere atormentar á alguien, en mandarlo á las minas de Siberia. Con hacerle cortar témpanos en el Neva, tendría bastante para saciar la más voraz venganza. Porque no hay entre las penas dantescas un jardín de suplicio comparable á esta blanca llanura.

OTRA VISIÓN DE MISERIA

—¡Ya veréis cuán curioso!

Y nuestro trineo seguía su carrera por las márgenes de la Fontanka helada, dejando atrás los barrios ricos, las avenidas palaciegas, las plazas monumentales... Y muy lejos, muy lejos, allá en el fondo de un suburbio sórdido, detrás del monumento de la Gloria, casi al pie de la popular basílica de Ysmailof, vimos al fin una puerta adornada de iconos.

—Aquí es; entremos.

Entramos. Al principio fué un pasaje, un pasaje pobre, algo como el Temple de París, una especie de Rastro lleno de puestos de cosas viejas, un bazar de trapos usados, de joyas falsas, de cuadros descoloridos, de armas incompletas, de objetos hete-